

**ACTES DEL VII CONGRÉS
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**
(Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997)

Volum II

EDITORS:
SANTIAGO FORTUÑO LLORENS
TOMÀS MARTÍNEZ ROMERO



**UNIVERSITAT
JAUME·I**

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT JAUME I. Dades catalogàfiques

**Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (7è :
1997 : Castelló de la Plana)**

Actes del VII Congrès de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval :
(Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997) / editors, Santiago Fortuño Llorens,
Tomàs Martínez Romero. — Castelló de la Plana : Publicacions de la Universitat
Jaume I, 1999

3 v. ; cm.

Bibliografia. — Textos en català i castellà

ISBN 84-8021-278-0 (o.c.). — ISBN 84-8021-279-9 (v. 1). — ISBN
84-8021-280-2 (v. 2). — ISBN 84-8021-281-0 (v. 3)

1. Literatura espanyola-S. X/XV-Congressos. I. Fortuño Llorens, Santiago,
ed. II. Martínez i Romero, Tomàs, ed. III. Universitat Jaume I (Castelló). Publicacions
de la Universitat Jaume I, ed. IV. Títol.

821.134.2.09"09/14"(061)

Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser
reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà
(elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia)
sense autorització prèvia de la marca editorial.

© Del text: els autors, 1999

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I
Campus de la Penyeta Roja. 12071 Castelló de la Plana

ISBN: 84-8021-280-2 (segon volum)
ISBN: 84-8021-278-0 (obra completa)

Imprimeix: Castelló d'Impressió, s. l.

Dipòsit legal: CS-257-1999 (II)



TEATRO EN EL PALACIO MEDIEVAL

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

Universidad de Murcia

DURANTE los siglos que comprenden la llamada baja Edad Media, asistimos a una artificialidad de la vida que se hizo presente en muchas manifestaciones, como podemos encontrar en numerosas páginas de las *Crónicas* de los siglos XII y XIV en que se describen fiestas de entradas en las ciudades, por las que estas pasaban a convertirse en el decorado de la ciudad ideal, torneos, y en las representaciones alegóricas que se levantaban en los patios de los palacios, entre otros. Un claro ejemplo de todo ello lo hallamos en la *Crónica* de Juan II de Castilla, en el siglo XV, cuando se nos refiere la llegada a Briviesca (Burgos) de doña Blanca de Navarra, que iba a contraer matrimonio con el príncipe don Enrique, y fue recibida por el Conde de Haro con una escaramuza en la que tomaron parte unos cien hombres de armas que a su vez, debidamente vestidos con uniformes de diferentes colores, la acompañaron un trecho del camino torneando primero con lanza y después con espadas (Pérez de Guzmán, 1953: 565b), y que, por último, ya en el pueblo, se la agasajó con una fiesta bien *aparejada* en la que participaron todos los vecinos en la calle vitoreándola, y en una procesión en la que figuraron todos los oficios, presencia de pendones, representaciones de entremeses, danzas, y un grupo de judíos con la Tora, y de moros con el *Alcorán*, música de ministriles altos, tamborinos, atabales,... Pero lo más interesante que el recibimiento conllevó, desde el punto que nos interesa en las presentes páginas, aparte de los momos, toros, juegos de cañas,... que le siguieron, fue lo que se mostró en los días siguientes a la hora de la comida pues todos pudieron tomar del vino que manaba de una fuente junto a un gran escenario levantado a espaldas del castillo que estaba cubierto de cespuz que *parecía ser naturalmente allí nacido*. En dicho escenario había un bosque muy hermoso donde el conde había mandado traer osos, venados y otros animales, y en el que aparecían también hasta cincuenta monteros con perros alanos y lebreles, *el qual estaba cercado de tal manera, que no podían ningún animal de aquellos salir de lo cercado; e puestos los canes, los monteros corrían y mataban, y así muertos los presentaban a la Princesa: lo qual pareció cosa muy extrana...* (F. Pérez de Guzmán, 1953: 565b.)

Numerosas son las noticias que tenemos de estas fiestas que algunas veces fueron recogidas en novelas como *Tirant lo Blanch* al referirnos su viaje a la corte del rey Enrique de Inglaterra en Londres, o la representación de *pasos* en todo semejantes a los que aparecían en las novelas cabalerescas, como encontramos en Valladolid en 1428 cuando se quiso agasajar a la infanta doña Leonor que iba de paso a Portugal (Lope de Barrientos, 1940:59).

Una faceta que debemos tener en cuenta a la hora de enfrentarnos con lo que era la vida del hombre que detentaba el poder en estos siglos, sin duda alguna, es ese caracter de teatralidad que poco a poco fue adueñándose de su vida, lo que a la vez estaba en relación con la afirmación del poder mismo, pues no en vano, a su vez, cada uno de sus gestos estaba mediatizado por él. Posiblemente no hay mejor testimonio de todo esto que saber de los *hechos* que colman la vida del condestable Miguel Lucas de Iranzo, del siglo XV, pues todos ellos, tanto guerreros, políticos, festivos, o propios de la vida cotidiana, están marcados por esta señal indeleble. Posiblemente el episodio más conocido sea el que se dio en la navidad de 1463 cuando se hizo una fiesta en la que encontramos que doscientos caballeros de los más principales acordaron jugar a la guerra en lo que podríamos entender como una representación de un Juicio de Dios, pues estos caballeros se dividieron en dos mitades y unos lo hicieron vistiendo disfraz moro y la otra mitad cristiano, y entre los primeros fingieron que venía su rey de Marruecos y junto a él hasta aparecía el profeta Mahomad, de la casa de la Meca, con el Alcorán y los libros de su ley; todo ello con gran ceremonia y bien arreados. Y después que se hubiesen aposentado se presentaron ante el condestable dos de sus caballeros para hacerle entrega de una carta, lo que hicieron tras besarle la mano. En la carta le comunicaban que estaban dispuestos a guerrear para ver quien quedaba vencedor, pues con ello se evidenciaría que el Dios del que así quedase, sería el verdadero, quedando sometido de esta manera el vencido. Tras jugar las cañas, lo moros reconocieron que el Dios de los cristianos les ayudaba más que el suyo, *Y pues así es, yo e mis moros renegamos della y de su Alcorán, y de nuestro profeta Mahomad*. Terminando la fiesta con la victorias cristiana y su consiguiente celebración.

Este episodio ha sido comentado muchas veces y sobre él se ha pretendido ver, casi otras tantas, y de manera irrefutable, el origen de las representaciones de **Moros y Cristianos** que tanta importancia han tenido, y tienen, en la configuración del teatro popular y de fiesta en España, aunque verdaderamente en este caso no pasa de ser una muestra del teatro cortesano, en todo semejante a aquellas otras que se celebraban en los palacios europeos.

Uno de estos hechos teatrales, como las escaramuzas, hechos considerados necesarios a la hora de rendir homenaje en el momento del recibimiento o la despedida, aparecen puntualmente en repetidas ocasiones en esta *Crónica*, co-

mo vemos en el momento en que este Condestable castellano, acompañado de sus caballeros, vestidos también a la morisca, salió a las afueras de Jaén para recibir al rey Enrique II:

«Cerca de media légua de la dicha çibdad, salieron los señores de la yglesia mayor, y la justicia y regidora della. Y luego salieron fasta quinientos rocines muy ajaezados e tocados a la morisca, e con baruas postizas; los quales trayan vnas cañas muy gruesas e vnos corchos plateados que verdaderamente paresçían lanças. E así vinieron escaramuçando y ecándose lanças delante. Y desde llegó cerca de vna peña, do nasce el agua de Santa María, descendieron de allí fasta treynta onbres, vestidos e calçados como moros, con panderos, dando muy grandes albórbolas. E luego más adelante salieron fasta mill niños en cavallejos de caña...» (Mata Carriazo, 1940: 195)

Muy pronto estas representaciones pasaron a ser conocidas con el nombre de *mascaradas*, y en ellas se introdujeron también parlamentos, que lamentablemente no nos han llegado, y se hicieron con vestuarios apropiados, dentro de una jornada de fiesta del estamento noble junto a los hechos de correr toros y cañas, siendo vistos ambos como variantes a los que había derivado la práctica de entrenamiento militar llamada y que desde su principio habían incidido también por la caracterización dramática, y en las que todo, desde las formas de cortesía a los símbolos pasando por los menores detalles, como los colores empleados en vestidos o adornos, hecho que adquiriría una importancia enorme ya que en todo momento la figura del monarca, o su representante, debía quedar en un lugar sobresaliente, puesto que en buena parte la fiesta se comprendía como un medio de propaganda.

En otro momento de la *Crónica* de este personaje se refieren distintas muestras de representaciones teatrales que no salen del ámbito privado, como vemos en 1461, cuando se nos dice que una tarde en que el Condestable se encontraba reunido con su mujer y sus ayudantes, entraron en la sala dos pajes de poca edad vestidos de un modo peculiar, pues simulaban que venían de tierras lejanas y desconocidas, y tras dar muestras de fatiga y cansancio, pasaron a referir que:

«E que viendo cerca de aquella çibdad, en el paso de una desabitada selva, una fiera y fea serpiente los avía tragado, e que pedían subsidio para dende salir. A la puerta de una camara que estava al otro cabo de la sala, enfrente do estava la señora condesa, asomó la cabeça de la dicha serpiente, muy grande, muy grande, fecha de madera pintada; e por su arteficio lanço por la boca uno a uno los dichos niños, echando grandes llamas de fuego. Y así mismo los pajes, como trayan las faldas e mangas e capirotos llenos de agua ardiente, salieron ardiendo, que pareçia que verdaderamente se quemaban en llamas. Fue cosa por çierto que mucho bie mucho bien paresçió» (Mata Carriazo, 1940: 50).

Por otro lado tenemos también noticias que nos presenta la vida del condestable Miguel Lucas de Iranzo a través de una larga serie de sucesos plenamente ritualizados en fiel concordancia con la demostración del poder político que recaía por designación real en su persona, lo que a su vez había hecho que él mismo se convirtiese en un representante, en un actor, que se veía obligado a obrar de aquella manera plenamente ceremoniosa. Y así sabemos que cuando el condestable ordenó que se administrase el sacramento del bautismo a su hija, acudieron a su morada todos los caballeros y escuderos, y dueñas y doncellas, y gran parte de la gente del común de la ciudad de Jaén, para atenderle, y cuando todas las personas estuvieron en su puesto, se inició la ceremonia:

«E este día, después de comer, a la tarde, se fizo en esta manera. El asistenete Fernando de Villafañe leuo la señora doncella en los braços, embuelta en vn grand paño de muy rico brocado, la cola del qual leuaua el comendador de Montizón, hermano del dicho señor Condestable. Yvan delante della çinco pajes, vno en pos de otro. El primero leuaua vn plato decorado en el ombro, con vna torta. El segundo otro plato, en que leuaua vn capillo de ynpla. Yva el terçero con otro plato, en que yva vn salero de oro con sal. El quarto leuaua en otro plato vna candela blanca, gruesa, con las armas del señor Condestable y de la señora condesa. El quinto e postrimero leuaua vna copa de oro con su sobrecopa. Todos ellos muy gentilmente vestidos de vna manera. Delante de los cuales yvan dos trompetas bastardas e quatro ytalianas, e chirimías e atabales e otros estormentos» (Mata Carriazo, 1940: 195)

La procesión la formaron los caballeros y escuderos, y las gentes del común, y a continuación siguieron los miembros de la alta nobleza y el Condestable. Una vez celebrada la ceremonia religiosa el séquito volvió al palacio mientras muchos caballeros y escuderos que estaban apostados en el alto de la cruz, cerca del castillo hicieron un simulacro de caza, para *lo que corrieron dos osos por aquellas peñas abaxo*, de modo semejante a como se hacía en otros lugares de Europa durante el carnaval, y así pasaron por la ciudad *tañiendo muchas bocinas e aviendo mucho placer* (Mata Carriazo, 1940: 195)

Por otro lado tenemos que contemplar el hecho de la guerra sobre el que se levantaba en buena parte la caracterización de aquel mundo, y que poco a poco llegó a ser tenido también como una motivación que podía servir de recreo y pasatiempo en los momentos de paz. En la paz, espacio temporal acotado en que el guerrero debía prepararse para la guerra, era necesario también la presencia del enemigo como hecho referencial, y como tal hubo que recrearlo. Pero en el tiempo de paz la guerra sólo podía ser un juego, una ficción, o hecho teatral, como venía siendo normal en las cortes europeas desde que se creó el

torneo o la justa. En España, unida a Europa, sobre todo a partir del siglo XIV, de manera mucho más consistente de como se ha dicho por algunos historiadores, el enemigo tradicional, el moro, continuó mostrándose presente y como tal adquirió una categoría permanente en estos juegos, aunque no faltaron tampoco ocasiones en las que todo pareció convertirse en algo dislocado, en un juego extravagante, por lo que hasta el mismo gran hombre, el detentador del poder, se disfrazaba de su propio enemigo.

Del mismo condestable Miguel Lucas de Iranzo sabemos que, por las fiestas de san Juan, un año salió tocado a la morisca para calbargar un poco junto a sus caballeros por los campos jienenses que había cerca del río. Y así, desde la ciudad, cuando llegó el momento acordado, salió a recibirle su alguacil mayor junto a otro cuerpo de caballeros:

«Y como lleuaua cerca de donde du merced venía, fingiendo ser moro, con los que él veían, y los que de la dicha cibdad salían cristianos, trauauan vna hermosa escaramuça; a veces arremetiendo los vnos y fuyendo los otros, otras veces bolviendo los que fuyan sobre los que yvan tras ellos, otras haciendo de anbas partes rostro y vnos contra otros arremetiendo. De manera que como si propiamente de verdad fuese así parecía» (Mata Carriazo, 1940: 171).

En la sociedad bajomedieval, gran parte de la vida social había llegado a ser un mero juego y una representación, y como tal tenía un sentido de pasatiempo que debía ser entendido como parte propia y principal de la existencia de la nobleza: junto a la obligación guerrera que marcaba su destino y que evolucionó hacia la posesión del poder político, y las obligaciones religiosas que observaba con más o menos rigurosidad, quedaba un tiempo indefinido de asueto ya que estaba condenado a no poder obrar en trabajos materiales o viles, lo que le llevaba a colmarlo, en última solución, en una especie de entretenimiento que le serviría de preparación adecuada para poder encontrarse en perfectas condiciones cuando llegase el momento de hacer frente, con las armas en las manos, a situaciones para las que había sido llamado por su nacimiento, o sencillamente a vagar y permanecer en un hacer no hacer, y así, este tiempo aparentemente vacío de sentido inmediato fue visto como acondicionado para prepararse en las artes marciales y, muy pronto también, como adecuado para **jugar** sobre fórmulas más o menos diversas y convencionales. El juego fue visto como un paréntesis trivial y como un recreo útil que a su vez permitía disfrutar de una sensación de aparente libertad. En cierta forma, el juego pasó a ser una metáfora de la vida del hombre, limitada por un nacimiento y una muerte que podía presentarse en cualquier momento y por las causas más diversas e impensadas, y que le arrojaba a la eternidad, lo que, sobre ello, se explicaba

la omnipresencia de la religión como razón última que invitaba, e imponía, de manera permanente a encontrarse dispuesto para entregar cuentas a Dios de las acciones sobre las que había vertebrado la vida.

Pero por el juego, el hombre, en apariencia, sentía una sensación de ilusión que le llevaba a desquitarse del pasado, o a liberarse de su memoria, la Historia, e igualmente desprovisto de futuro, para presentarse como lo que creía que era, un hombre anclado en un presente que se repetía sin fin. Por el juego el hombre llegó a percibir lo que imaginaba que era y hasta el papel que representaba en este mundo, y más que para ganar o perder, se sintió inclinado a participar en él por el hecho de jugar en sí, de vivir. Pero enseguida percibió que lo que caracterizaba de manera cumplida era el azar, un impulso que quedaba fuera de su condición humana. De ahí que el juego, muy pronto, únicamente pudo ser equiparado a la aventura, un acto dominado por el desprendimiento, con principio y fin en sí mismo y en el que concurrían factores externos sin aparente sentido ni ilación; un acto íntimo que en verdad no necesitaba de un premio, aunque en ocasiones sí se le hiciese al que volvía triunfador, por más que ese reconocimiento fuese algo gratuito.

Georg Simmel, hablándo de la aventura, nos recordaba el parentesco que existe entre el aventurero y el jugador, y cómo este, por el juego, se entrega a la falta de sentido del azar (Simmel, 1988: 14), o lo que es lo mismo que decir que el hombre, por él, rechaza el determinismo, aunque no falte también quien, por ello mismo, argumente lo contrario. Cuando la iglesia trató en numerosas y sucesivas ocasiones de prohibir los juegos de azar estaba defendiendo su doctrina sobre el libre albedrío del hombre, de la misma manera que se enfrentaba a la doctrina del *fatos*, procurada por la astrología como ciencia capaz de establecer las fuerzas que obran desde un determinismo, de una fatalidad, como había sucedido en la cultura clásica y que habría de reaparecer con pujanza en los siglos bajomedievales y renacentistas hasta alcanzar todos los campos, como muy bien puede percibirse en los diferentes aspectos iconográficos (Warburg, 1966), por sólo apuntar un campo.

Cuando Huizinga publicó en 1938 su libro *Homo ludens* se inició una reflexión sobre la sociedad de las distintas épocas en las que el juego era un ingrediente fundamental hasta el punto de conformarlas, y como tal ha tenido las más diversas respuestas (González Alcantud, 1993). Pero una cosa es el juego de azar, admitiendo como definitivo lo que en él se dirime, que alcanzó una difusión manifiesta en los días medievales y que ha perdurado hasta nuestros días, y otra muy diferente entender y comprenderlo como un mero pasatiempo aparentemente intrascendente, ya que si en verdad la vida del hombre debía ser puesta en relación con lo aleatorio, en mayor o menor proporción, esta clase de juego se presentaba como una dependencia ámplia de lo que entendemos por ficción, con lo que

esta se convertía también en un juego con sus reglas pertinentes, y en la que la condición de la teatralidad pasaba a ser algo consustancial.

Por el juego de azar, aparentemente fruto del ocio, el hombre se situaba en un punto equidistante en que todo lo que él sabía y presumía que era, y lo que disponía, entraba en el envite, de la misma manera a como se podía percibir en miles de situaciones de la misma vida. En el juego de azar el hombre se situaba en ese punto imaginario y ficticio, pero existente, desde el que se establecía la posibilidad de participar en la lucha por obrar sobre una libertad manifiesta y propia, o sentirse incapaz ante lo que las circunstancias le dictaban e imponían. Y frente a este, por el juego, también ficción, concebido como mero pasatiempo, este mismo hombre sentía que traspasaba el umbral que le permitía penetrar en una realidad que él mismo creaba, y en la que podía desenvolverse con arreglo a unas leyes y normas que su fantasía le dictaba y que admitía como fruto inmediato de la libertad de su espíritu creador.

Frente a una y otra manera, digamoslo una vez más, quedaba la aventura, también el juego, también la vida cotidiana y la tenida por existencia extraordinaria, también ficción. En líneas anteriores recordábamos el parentesco señalado por Simmel entre la aventura y el juego al estar ambos mediatizados por la falta de definición o de sentido del azar, y en parte ello es cierto, pero hay algo más, ya que, para llegar a ese punto, el hombre ha tenido que recorrer antes un camino plagado de situaciones equívocas. Todo parte de un primer momento iniciático en el que se concibe la posibilidad de hacer que el mundo, un inmenso escenario, sirva también para algo más que el mero ir y venir en él, a que se reducen gran parte las acciones de la vida, y cuyo sentido le viene marcado por el dictado de las instituciones religiosas y políticas. El hombre, desde su intimidad, concibió la posibilidad de que esa escena en que se movía como mero personaje secundario sirviese a la vez para que en él se desarrollase una vida paralela que le habría de convertir en actor único sobre el que se volverían las miradas de los que no se habían atrevido a dar ese paso al frente. La aventura pasó a ser un juego en el que el hombre dramatizaba su vida, y para ello debía apartarse conscientemente de lo inmediato que le contreñía y dar el paso por el que pasaba a participar de la realidad nueva que se expandía ante él. Por las propias condiciones del juego de azar el mundo llegaba a transformarse en sí mismo: por la ficción, realidad paralela, se recreaba sobre el pasatiempo, el mundo que se transformaba en algo por él ideado. La aventura vivida por el aventurero, un **hombre nuevo**, le llevaba a participar de situaciones inéditas, y este se reconoció como un actor, un **otro**, alguien que obraba bajo una máscara que le hacía irreconocible con quien había sido hasta ese momento.

Ya en la antigüedad se supo distinguir entre *alea* o juego, donde intervenía el azar, y los *ludi* o juegos de entretenimiento como eran los grandes es-

pectáculos cirquenses y en los que el emperador intervenía en toda su magnificencia como dueño de la vida y de la muerte de cuantos participaban en ellos.

En los siglos medievales, perdida la tradición del teatro de la antigüedad clásica, este hizo su aparición como una prolongación de las ceremonias y actos rituales de la liturgia, los **tropos**, como los *Officium Pastorum*, que pasaron pronto a adquirir una formulación dramática (Astey, 1992), y que fueron celebrados en las iglesias al verse la necesidad, por la autoridad eclesial, en un afán integrador, de que el pueblo pudiera intervenir en los misterios religiosos a través de una representación plástica y participativa, y que algunos historiadores de la literatura han querido unir a antecedentes de las tradiciones piadosas de los primeros siglos, como se refiere en *Aetherias Peregrinatio*, cuando los catecúmenos de Jerusalén tomaron la costumbre de recorrer y conmemorar **in situ** los misterios y escenas de la pasión de Jesús.

Según parece, a partir de los siglos VI y VIII, las representaciones de los **autos** de Navidad y de Pasión se habían extendido por el suelo europeo, realizándose en un primer momento en el interior de los templos y posteriormente en su pórtico y en las plazas públicas, hasta el punto de que pasó a ser casi una parte obligada de la liturgia. En la *Crónica* del Condestable Lucas de Iranzo, tantas veces citado a lo largo de este discurso, nos encontramos también cómo entre los actos litúrgicos de la Navidad, como en años anteriores, se celebró el *auto del nacimiento* en la iglesia de Jaén, pero, también sabemos que otras veces dicho *auto* se celebraba en el palacio, y en dicha representación tomó parte como actor el propio condestable:

«entró por la sala vna dueña, cvallera en vn asnico sardesco, con vn niño en los braços, que represntaua ser nuestra señora la Virgen María con el bendito y glorioso Fijo, y con ella Josep. Y en modo de grand deuoción, el dicho señor Condestable la recibió, y la subió arriba al asiento do estua, y la puso entre la dicha señora condesa y la señora doña Guiomar Carrillo su madre y la señora doña Juana su hermana, y las otras dueñas e doncellas que ende estauan. Y el dicho señor se retrayó a vna cámara que está al otro cabo de la sala, y dende a poco salió de la dicha cámara con dos pajes muy bien vestidos, con visajes y sus coronas en las cabe, a la manera de los tres reyes magos, y sendas copas en las manos, con sus presentes. Y así mouio por la sala adelante, muy mucho paso, y con muy gentil continencia, mirando el estrella que los guíaua, la qual yva por vn cordel que en la sala estaua. E así llegó al cabo della, do la Virgen con su Fijo estauan, y ofreció sus presentes, con muy grant estruendo de trompetas e atabales y otros estormentos» (Mata Carriazo, 1940: 72).

La vida y el teatro se confundían conformando a la primera sobre una teatralidad que se daba en todos los órdenes, llegando incluso a la manifestación

política, como encontramos en las áreas culturales catalana, valenciana o aragonesa, donde sabemos que se desarrollaron y fomentaron las celebraciones de procesiones religiosas y civiles en los fastos, llegando incluso a convertir las ciudades en grandes escenarios, equiparables incluso a los modelos en que se miraban, como encontramos en Daroca, o la nueva Jerusalén, en la fiesta de entrada de los Corporales (Corral Lafuente, 1995: 61), o incluso en la proclamación de un rey, como encontramos cuando Fernando de Antequera, de la casa de Trastámara, fue coronado en 1414, en Zaragoza, donde se le hizo una gran **entrada real** en la que tomó parte la aristocracia, las autoridades eclesiásticas y de la ciudad, los Honrados Jurados, miembros representativos de los gremios y oficios, y, como alegre contrapunto que rompiera tanta solemnidad, juglares de la propia Zaragoza y otros muchos lugares traídos para la ocasión, incluso de algunos tan lejanos como Xátiva y Alcoy, que lucían y tocaban sus instrumentos musicales y cantaban sus relaciones alusivas al acontecimiento. Y para animar a la ciudad en las horas y días que dieron amparo a dicha ceremonia tampoco faltaron torneos, corridas de toros por las calles, asaltos a castillos, nauaquias, batallas de galeras llevadas sobre carros móviles, y un castillo de madera desde el que se sostuvo una batalla de frutas.

Pero las fiestas alcanzaron su cénit cuando una vez terminada la ceremonia de la coronación en la catedral se formó la procesión que acompañó al nuevo monarca al palacio de la Alfarería en que jugó un importante papel un castillo levantado para dicha ocasión sobre un carro y que tenía una gran torre en cada esquina con los atributos que simbolizaban La Justicia, La Paz, La Verdad y La Misericordia, y desde las que varias doncellas cantaban canciones referidas a las virtudes del rey, y una quinta torre en el centro en la que giraba una Rueda de la Fortuna con las figuras que representaban a los cuatro candidatos que habían concurrido al Compromiso de Caspe en que se había dilucidado el trono de Aragón. Por último, en lo alto de dicha torre aparecía un niño sentado en un pequeño trono que vestía las armas y galas reales y lucía una espada en una mano y una corona en su cabeza. Esta alegoría, que así se mostraba a la nobleza y pueblo de Aragón, tenía un valor político al presentar la consolidación de este personaje en el trono, ya que en aquel momento, don Jaume, Conde de Urgell, y uno de los pretendientes que se había mostrado contrario a aceptar la decisión política tomada, acababa de ser vencido por las armas después de que fuese tomada al asalto la ciudad de Balaguer que le había sido fiel. Pero, por otro lado, la alegoría en forma de castillo que ha sido descrita, con su decoración y sus parlamentos en forma cantada, que estando situada a su entrada también sirve para hacernos ver cómo fue utilizado un medio teatral en un acto como este, pues en el entremés del banquete que siguió en el patio de la Alfarería, y que presidió el rey desde un lugar elevado y bajo dosel, sobre un

escenario en que habían ruedas que giraban por el impulso que les imprimían varios actores vestidos de ángeles aparecían también en las gradas distintos personajes que representaban a los apóstoles, príncipes, profetas y otras figuras que personificaban así mismo los pecados capitales y demonios, y también había otras varias que lo hacían de las virtudes en compañía de los ángeles, y que se remataba con una representación de la coronación de la Virgen María.

Cuando el rey hizo su entrada en la sala, los personajes del cuadro escénico comenzaron a tocar los instrumentos que portaban y a cantar, con lo que puede afirmarse que empezó la representación, en la que el mismo rey llegaría a tomar parte de forma activa en un momento dado al serle comunicado las obligaciones que como monarca debía de cumplir fielmente, entre las que, aparte de las que le correspondían como rey de Aragón, contaba la de terminar con el cisma que sufría la iglesia y que él podía conseguir si actuaba en favor del papa Luna hasta que fuese restituido en la sede de Roma, junto, también, a otras intervenciones en las que se le hacía reconocer sus virtudes y vicios, para terminar con la presencia de la Muerte que le recordó el final que han de tener todos los humanos.

Otra parte del espectáculo se hizo también con la escenografía de un castillo que presentaba como blasón un recipiente con lírios, emblema de la Orden de Caballería de la Jarra de Santa María, rodeado de varias doncellas y un águila. Un ángel se llegó hasta el rey para reconocerle como campeón de la Virgen María. Tras servirse una nueva vianda hizo su aparición un grifo secundado por varios moros que gritaban y hacían gestos desaforados, y hasta comenzaron los esfuerzos con amplios ademanes para asaltar el castillo que era defendido por las doncellas mientras el águila se enfrentaba a aquél. En un momento dado hizo su aparición en la jarra un niño con corona y galas reales que avanzó con su espada en la mano para fulminar a los enemigos de la religión cristiana y al animal fantástico que representaba al demonio (Alvar García, 1641).

Una vez más la vida se hacía teatro, quizás en un intento de recrearse sobre el arte al integrarlo, posiblemente, también, para, al mismo tiempo, contemplarla desde un distanciamiento que la hiciera más inteligible,...

BIBLIOGRAFÍA

- ASTEY V., Luis (1992): *Dramas litúrgicos del Occidente medieval*, Mexico.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis, (1995): «Una Jerusalén en el occidente medieval: la ciudad de Daroca y el milagro de los Corporales», en *Aragón en la Edad Media*, XII.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José A. (1993): *Tractatus ludorum*, Barcelona.

- LOPE DE BARRIENTOS (1949): refundición de la *Crónica del arconero*, Ed. de Juan de Mata Carriazo, 1940, p. 59.
- MATA CARRIAZO, J. de (ed.) (1940): *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo (Crónica del siglo xv)*, Madrid.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán (1953): *Crónica del Serenísimo Príncipe don Juan, Segundo rey deste nombre*, BAE, nº 68, p. 565b.
- SIMMEL, G. (1988): *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona.
- WARBURG, A. (1966): *La rinascita del paganismo antico*, Firenze.